

sobrada modestia, que era incapaz de gobernar; que no podría aceptar el gobierno sin poner en lucha la una mitad de su sér con la otra mitad de su sér, y sin que su instinto combatiese á su razon y su razon á su instinto.

Otro motivo hay tambien para que Donoso fuese menos estimado en España y no llegase á cobrar altísima nombradía, hasta los últimos años de su existencia. Era este motivo el ignorante desden con que este pueblo, á quien por muchos años no se le habia permitido pensar, miraba las altas especulaciones. Así es que el apodo de Quiquiriquí era la sátira mas sangrienta contra los mismos que Quiquiriquí le llamaban; era la confesion paladina de que no entendian mas de sus discursos que del canto del gallo. La difusion del respeto que á Donoso Cortés se debe y el aumento de la gloria de su nombre han venido despues á España con el florecimiento de los estudios serios y con la afición mas divulgada é intensa á la filosofía y á otras ciencias especulativas. Por otra parte, la fama de Donoso Cortés, lo mismo que la de Balmes, tiene en España algo de reperusión ó de eco: ambas se han difundido por Francia y por toda Europa y han vuelto á España sublimadas por el aplauso de las mas civilizadas gentes extrañas, severas y desdeñosas por lo general con nuestros autores.

Estamos poco antes de la revolucion de 1848 y de todos aquellos pavorosos y grandes acontecimientos que van á dar el mas fuerte impulso al talento de Donoso Cortés y á marcarle una direccion recta y segura. En esta direccion iba caminando ya, pero con vacilaciones. La última que tuvo, haciéndole volver en cierto modo al liberalismo, con algo de las ideas *giobertianas*, fué, segun hemos dicho, al contemplar á Pio IX coronado de la tiara.

Muchas veces hemos de hablar todavía de Donoso Cortés. Aquí nos cumple solo hablar de sus bellísimos artículos sobre Pio IX, publicados en *El Faro*, en 1847. Lleno nuestro poético pensador de entusiasmo y de amor por el catolicismo y por Pio IX, su pontífice sumo, escribió una obra elocuentísima donde palpitan los mismos sentimientos de Gioberti; donde vive la creencia consoladora de que el espíritu del siglo y el espíritu católico son uno. «Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilizacion moderna tienen origen filosófico: dice Donoso Cortés. Todas proceden de la religion cristiana. La idea de fraternidad, la idea de libertad y la distincion á independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa, así como el conjunto de consecuencias que procede de estas verdades, todo es obra del cristianismo. La democracia lo mismo que la monarquía son revelaciones del cielo; la una se funda en la unidad de nuestro linaje y en la igualdad de los séres humanos: la otra, en el concepto de Dios omnipotente. Los hombres que creen en Jesucristo son iguales y libres y obedecen siempre á Dios y nunca obedecen al hombre. Mas ni por eso pierde el hombre su libertad, porque Dios la respeta profundamente, y, segun el sagrado texto, la mira *cum magna reverentia*, poniéndola por límite de su propio poder y dividiendo con ella el imperio del mundo.»

En todos estos artículos en elogio de Pio IX, en medio de los magníficos elogios del catolicismo, se respira un soplo de ideas liberales y de esperanzas infundidas por Pio IX. Verdad es que Donoso Cortés persiste en hacer cierta nebulosa distincion entre la libertad católica y la libertad revolucionaria; pero, en medio de lo nebuloso, bien se nota el deseo y hasta la esperanza de una conciliacion entre el espíritu católico y la misma revolucion, que en cierto modo Donoso aplaude y celebra, porque vino á echar por tierra *las monarquías corrompidas y decrepitas* y á derribar los alcázares consagrados á sus zambras y festines y á llevarse los afeites y los unguentos con que las mujeres perdidas, cortesanías de los reyes, se untaban las caras arrugadas y marchitas mas bien por los excesos que por los años. Resulta de aquí que, para Donoso, la revolucion, si bien fué obra del infierno, porque eran impíos los revolucionarios, fué obra útil y hasta divina en sus resultados y fines, ya que barrió toda la inmundicia de los tronos, soltando en diluvio sobre ellos *las cataratas de la democracia*. Lo que lamenta, pues, en realidad Donoso, no es la

democracia, ni su triunfo, sino la ingratitud de la democracia victoriosa que acusó de absolutista á la Iglesia; á ella, que habia lanzado sus anatemas invencibles contra todos los tiranos; de aristocrática, á ella que habia predicado la igualdad y la fraternidad; y de retrógrada, á ella que habia amamantado á la libertad con sus fecundísimos pechos. Lo conveniente, pues, no es que desaparezcan la revolucion y la democracia, sino que se arrepientan de su ingratitud y se unan con la Iglesia. Tambien la Iglesia misma, segun Donoso, aunque lo dice con todo el respeto debido, tiene que arrepentirse de una gran falta: de haberse apoyado, siendo firme y eterna, en las potestades humanas: en los tronos que son efímeros y deleznales. «De esta conviccion, añade Donoso, nació y creció ese gran partido que está dispuesto á renunciar en nombre de la Iglesia á todas las alianzas y á todos los protectorados por reconquistar su libertad primitiva; libertad augusta, libertad santa, que ha de llevar la Iglesia del Señor á todos los confines del mundo, que ha de entregar libremente tendidos á sus piés á todos los pueblos, y que ha de poner la cruz en las mayores alturas para que la adoren las gentes. Esta opinion, por no decir ese partido, ha subido al pontificado con Pio IX, y, al encarnarse en su santísima persona, se ha encarnado en el mas eminente de todos los príncipes y en el mas augusto de todos los hombres.»

Si esto no es hablar por hablar, lo cual seria indigno de Donoso, á pesar de todas las salvedades y distinciones y declamaciones enérgicas contra la revolucion atea y mundana, todos los trozos que hemos citado vienen á ser el encomio y el anuncio de la democracia y del advenimiento de la revolucion purificada, limpia, y recibiendo nombre santo en las fuentes bautismales de la Iglesia. Todo el tono del resto de la obra de Donoso confirma nuestro juicio: sus censuras contra el Austria y su despotismo; su simpatía por la heroica Polonia; su elogio á Francia, á quien llama «tierra fecundísima, en donde han germinado todas las ideas emancipadoras de los pueblos;» y hasta su crítica, en otro concepto, de esta misma Francia, porque se ha entregado «á las clases medianamente acomodadas, las cuales tienen en poco las gloriosas aventuras de los patricios heroicos, y llaman insensatez y locura á las aspiraciones inmensas que suelen tener las democracias en sus sublimes arrebatos.» Donoso Cortés, por consiguiente, como gran poeta que era, enamorado, no solo del catolicismo, sino de todo lo bello y lo grande, se convierte aquí, sin poderlo remediar, en demócrata y en revolucionario, aunque *á lo divino*, si se nos permite valernos de esta expresion, que se empleaba para designar cierta clase de comedias de nuestro antiguo teatro, donde figuraban ángeles y otros séres sobrenaturales y donde eran protagonistas santos y santas que incurrian en los mismos errores y cometian los mismos ó mayores pecados que los demás mortales.

El otro hombre eminente que, segun hemos dicho, se inclinó hácia el liberalismo ó manifestó esta inclinacion de un modo mas claro, despues del advenimiento de Pio IX, fué el presbítero don Jaime Balmes. Entonces, si como algunos sostienen no cambió, se descubrió lo bastante para dar á conocer á sus detractores, los absolutistas intransigentes, que no era un hombre de su clase y que comprendia de otro modo que ellos el dogma político. Tambien Balmes, como Donoso, saludó en un elocuentísimo escrito, la subida al trono del pontífice liberal. No era la libertad lo que Balmes queria proscibir del mundo, sino el ateísmo revolucionario. Si la inteligencia, separada de la fe, le parecia nociva, tampoco veia civilizacion donde no hubiera inteligencia y hasta desenvolvimiento y mejora en los intereses materiales. Por eso, sin duda, definia Balmes la civilizacion «la mayor suma de moralidad, la mayor suya de inteligencia, la mayor suma de bienestar en el mayor número posible de séres humanos.»

Por desgracia, ya que no el entusiasmo de Donoso, el entusiasmo de Balmes por Pio IX, hizo patentes la intransigencia y hasta la ferocidad mental de los absolutistas españoles, quienes, lo mismo que el Austria y lo mismo que el despótico Rey de Nápoles y sus cortesanos, no vieron en el nuevo Papa, durante el primer periodo de su reinado, sino un Robespierre con tiara, merecedor de ser declarado antipapa y arrojado

del solio. Contra Balmes, porque defendia á Pio IX, asestaron toda clase de libelos infamatorios; y hasta puede decirse que esta persecucion moral amargó cruelmente la vida del sacerdote filósofo y publicista, y aceleró su prematura muerte.

El mismo Narvaez, ya en el poder, se dejó llevar de la corriente y del aliento inspirador de liberalismo que manaba del solio del nuevo pontífice, y en todos sus actos procuró demostrar que no queria mal á los progresistas; á Espartero le recibió en Madrid con grandes muestras de deferencia y cariño; y hasta hizo concebir en no pocos la esperanza de que pudiera realizarse en el poder el turno pacífico de los conservadores con los partidarios del progreso.

Otra gran prueba de liberalismo dió además Narvaez, aplaudiendo y celebrando la revolucion triunfante en Nápoles, que al grito de viva Pio IX y cantando su himno, como entre nosotros hubiera podido cantarse el de Riego, habia arrancado el escudo de la legacion de Austria, le habia arrastrado por el fango, le habia quemado en una hoguera, y habia obligado al Rey Borbon, Fernando II, á dar una constitucion li-

beral á su pueblo. Los revolucionarios napolitanos, en la embriaguez de su triunfo, habian querido fraternizar con España, habian acudido en grandes turbas bajo los balcones de nuestra embajada, y el duque de Rivas, que era embajador á la sazón, les habia dirigido un brillantísimo y aplaudido discurso, por su triunfo sobre el Rey. Todo esto, por último, habia sido aprobado por Narvaez.

Tal conducta del jefe de los conservadores y de su gobierno halló desde luego grande oposicion en los conservadores mismos y singularmente en don Pedro José Pidal, los cuales calculaban ya ó preveían que la revolucion iba á extenderse por toda Europa y á tomar carácter muy serio y temeroso, por donde convenia mas armarse de fortaleza que de templanza.

No tardó mucho en dar, en cierto modo, razon á Pidal y á sus compañeros, la terrible revolucion francesa del 24 de febrero que echó por tierra el trono de Luis Felipe, que conmovió á toda Europa, y que lo menos que pudo hacer en España fué modificar profundamente á los partidos políticos en sus aspiraciones y doctrinas.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

EL DOMINIO DE LA REACCION HASTA EL PRONUNCIAMIENTO DE 1854

CAPITULO PRIMERO

Dictadura de Narvaez en 1848

El primer efecto de la revolucion francesa de 1848 fué en España en cierto modo contrario á la revolucion, dividiendo á los progresistas en dos bandos. Los pacíficos, ó por ser mas templados en sus opiniones ó por ser de mas edad, circunspeccion y prudencia, llenos de terror por el republicanismo, decidieron oponerse á toda conspiracion y á todo movimiento. Cortina, Madoz, Infante, Sancho y Mendizabal, eran los mas notables de los que observaban esta conducta. Por opuesto camino se lanzaron otros, entre quienes descollaban Orense y don Nicolás María Rivero, pudiendo decirse que con este cisma del partido progresista, al parecer en la conducta solo, hubo en él marcada division, apareciendo, aunque en germen, el partido radical ó demócrata.

Entre la gente de accion que deseaba revolucion á todo trance figuraba un hombre de gran valer por la energía de su carácter, por su extraordinaria actividad, y por su serenidad y despejo. Sin duda á este hombre, que tenia no comunes condiciones para encumbrarse y hacer papel en España, le faltaban dos muy esenciales: ideas fijas en política ó por lo menos una pasion política constante y decidida que supliese la falta de fijeza en las ideas. El coronel don Joaquín de la Gándara, que es la persona de que hablamos, era instintivamente liberal con el liberalismo que antes mas que ahora entraba en el alma de aquellas personas que viajaban por países extranjeros, contemplaban su mayor cultura, así moral é intelectual como material, lo comparaban todo con nuestro atraso y pobreza, y tanto de la pobreza como del atraso echaban la culpa al largo despotismo que habíamos sufrido, por lo cual le aborrecian y no querian dejar de él ni rastro ni huella. Este modo de ser liberal tiene una innegable ventaja; la libertad se estima en lo que es y vale como medio absolutamente preciso, pero como medio para lograr un fin, lo cual presupone dos creencias importantes; una, la de la perfectibilidad humana; otra, la de cierta infalibilidad en la muchedumbre, en virtud de la cual propende á lo bueno, si se le deja libre: pero Gándara, que sentia y pensaba así, aunque vagamente, si bien con la viveza y brio que siempre tuvo y que ponía en todo, no creemos que haya

tenido nunca doctrinas más determinadas y concretas, y de su misma pasion política se ha distraído y olvidado con frecuencia, llevado de otros afectos y aspiraciones ó empeñado en otras empresas y engolfado en otros propósitos. De aquí que, teniendo en sí tanta capacidad, haya hecho siempre secundario papel en política. Entonces, no obstante, Gándara fué el centro de la conjuracion. Le secundaban don Manuel Buceta, don Francisco Serrano Bedoya, don Victoriano Ametller y otros, casi todos militares.

Lo primero que hizo Gándara fué ponerse en comunicacion con el gobierno republicano de Francia y tratar de ganarle para su empresa. Armando Marrast recibió muy bien á los enviados de Gándara, pero de nada les valió. Empeñada ya en Francia la lucha contra la demagogia y el socialismo, el gobierno francés tuvo que hacerse algo conservador y desechar toda idea de propaganda.

Limitado Gándara á sus propios recursos, no desmayó y llegó á reunir hasta seiscientos oficiales que estaban en Madrid de reemplazo con paga cortísima y con mucho aliento y deseo de aventurarse en cualquier empresa. Por medio de estos oficiales no parecia difícil seducir á muchos cuerpos de los que daban guarnicion á esta villa y corte.

De armar y de proveer de municiones á los conjurados se encargó el infatigable don Ricardo Muñiz, comprando fusiles y pólvora, fabricando cartuchos y preparándolos y disponiéndolo todo con el mayor sigilo. Cuando todo se disponia así, don José María Orense, que por otra parte habia tambien trabajado, acudió á ponerse y se puso de acuerdo con Gándara, en una reunion que tuvieron los principales conjurados el 24 de marzo, y resolvieron que el movimiento insurreccional se realizase el 26. Gándara queria retardarle aun algunos dias, pero no pudo retener la impaciencia de Orense y de los que venian con él. Así fué que, hasta para reunir las municiones y las armas, que estaban muy esparcidas, fué menester emplear suma diligencia y cuidado, lográndose todo, merced á la actividad de don Ricardo Muñiz y de don Juan Antonio Rascon, que en aquel momento prestó eficaz auxilio.

Narvaez sabia que se conspiraba, pero no fijamente el modo, el lugar y las circunstancias de la conspiracion. Sabiéndolo, sin embargo, aun no queria apelar á la fuerza. Quería gobernar suavemente. Esperaba de buena fe el turno pacífico

en el poder de conservadores y progresistas y anhelaba inspirar idéntica esperanza á los prohombres del progreso. A este fin, llamó á Mendizabal y á don Luis Sagasti, les habló con amistoso afecto, y les rogó que desistiesen de la conjuración, prometiendo que en breve plazo aconsejaría á la Reina que los llamase al poder, y que por lo pronto, si ellos renunciaban á medios de fuerza, él renunciaria á la suspensión de garantías y modificaria en sentido muy liberal el proyecto de ley de imprenta. Todas estas contemplaciones eran sinceras en nuestro sentir, de parte de Narvaez. ¿Qué otro propósito podría tener, al acudir á las súplicas para que no se emplease la violencia, sino el de no tener él mismo que emplearla? Resplandece además mayor mérito en esta conducta, en un principio tan templada de Narvaez, si se considera que, desde la revolución francesa del 24 de febrero, se había modificado muchísimo la opinion entre los mas eminentes personajes del partido conservador á que Narvaez pertenecía. Todo aquel ó casi todo aquel liberalismo católico ó pontifical, que con el advenimiento de Pio IX había ganado hasta los corazones de Donoso y de Balmes, había desaparecido por completo con la revolución de febrero, la caída de Luis Felipe y la subsiguiente república, y había sido reemplazado por un terror nervioso y cruel á la revolución y por un deseo vehemente de que en España se ahogara por la fuerza. Narvaez, pues, al mostrarse tan benévolo y tan transigente con los progresistas, procedía entonces contra el sentir de los varones mas autorizados de su partido. Verdad es que Martínez de la Rosa pensaba como Narvaez; queria dirigir, pero no ahogar el liberalismo: pero, en cambio, Pidal y sobre todo Rios-Rosas, reclamaban la resistencia mas briosa y sostenian que la revolución no podia detenerse por la dulzura y con las concesiones, sino con la represión, el castigo y el escarmiento mas duros. Este último parecer hubo de prevalecer al cabo en el ánimo de Narvaez, aunque mas bien que por elección suya porque las circunstancias se le impusieron. Su propósito entonces, el blanco de su gloria, por lo mismo que en toda Europa ardía la revolución y que parecia como movimiento fatal ó providencial de que nadie podia sustraerse, era evitar que prendiera en España, y, si llegaba á prender, apagarla en seguida, demostrando así, á par que su pujanza y pericia de gran político, la independencia y autonomía del ser del pueblo español. Para lograr esto con mayor gloria, hubiera deseado Narvaez, no tomar medidas violentas, no internarse por el camino de la reaccion, y sí mostrarse liberal en medio de pueblos que se desbordaban y de gobiernos aterrorizados que violentamente resistían.

Narvaez era bastante discreto para conocer esto, por lo cual no hubo en nuestro sentir, ni malicia, ni cálculo, ni maquiavelismo de ninguna clase, en llamar á Sagasti y á Mendizabal y en brindarles con la paz y en darles por ella ó en prometerles cuanto podia. Lo que hubo fué sincero y buen deseo, conforme en todo con su interés y con su gloria. Cuando Narvaez vió que la paz no era posible, se preparó á la guerra y se decidió á hacerla crudamente. Se armó para ello de la suspensión de garantías y de una autorización para recaudar las contribuciones y proporcionarse por cualquier medio que fuese doscientos millones de reales mas, destinados á los gastos extraordinarios que pudieran ocurrir. El gobierno no habia pedido y conseguido esta autorización de las Cortes, no bien llegó á su noticia la revolución de febrero. La consiguió por ciento cuarenta y ocho votos contra cuarenta y cinco, y el día 22 de marzo suspendió las sesiones.

Prevenido ya el gobierno, esperaba con firmeza el combate, aunque ignoraba el día en que el movimiento debía estallar. El movimiento tuvo lugar el día 26: pero secundado por corto número de personas, pues no pasaron de seiscientos, sin plan y sin concierto, y empezado antes de tiempo por el temerario arrojó de don Narciso de la Escosura y de algunos otros, el resultado no pudo menos de ser lastimosísimo. Bastantes conjurados murieron y la victoria fué fácil y pronta. Conseguida esta, se formó consejo de guerra á los sublevados, pero no se derramó una sola gota de sangre. Aunque el consejo condenó á algunos á la pena capital, se les concedió indulto por un real decreto muy generoso de 31 de marzo.

No escarmentados los progresistas con este mal éxito primero, siguieron conspirando en Madrid, en las provincias y fuera de España. De esta conspiración permanente, nacian de vez en cuando rebeldías, pronunciamientos ó motines, ya en una parte, ya en otra, que siempre tenian desastroso resultado para los promovedores. Así hubo motines en Valencia y en Barcelona, ocurridos ambos pocos dias despues de la derrota del 26 de marzo. Entre tanto, se preparaba un movimiento mas serio en Madrid. El banquero don José de Salamanca, enojado contra Narvaez, picado con la Reina, y creyéndose, tal vez en virtud de este enojo, verdadero y legítimo progresista, era el alma de la conjuración, en la que entraban, como elementos inteligentes y activos, Gándara, Buceta, Serrano Bedoya, Muñiz y Velo.

Nació de aquí el movimiento del 7 de mayo, que tuvo para los revolucionarios tan mal éxito como los anteriores. Los sublevados eran, en su mayor parte, militares que se situaron en la Plaza Mayor, donde Lersundi los atacó valerosamente, vencéndolos al cabo y haciendo prisioneros á casi todos. En otros puntos de Madrid hubo tambien tiros y alguna lucha. El general Fulgoso, Capitan general de Madrid, murió aquel día, reemplazándole en el mando el Capitan general don Juan de la Pezuela. Triunfante el gobierno, Pezuela formó consejo de guerra á los sublevados. La Reina se empeñó con suma generosidad en que no muriese ninguno; pero considerando Pezuela y Narvaez que no era posible tanta benignidad sin gran relajación de la disciplina y que por otra parte era necesario el castigo para que sirviese de ejemplo, hicieron fusilar aquella misma tarde, al anochecer, á un sargento, á dos cabos, á cinco soldados y á cinco paisanos. Otros trece sargentos, que estaban ya en capilla, fueron indultados de la pena de muerte.

Entre los que murieron aquel día, durante la refriega, se cuenta al señor Dominguez, autor de un famoso diccionario de nuestra lengua.

Esta sublevación del 7 de mayo, no tuvo carácter republicano, sino meramente progresista, con mucho de vago en las aspiraciones de los sublevados que vitoreaban á la libertad y á la Reina. La voz pública acusó á don José Salamanca y al ministro inglés Bulwer de haber promovido esta sublevación.

A los pocos dias, el 13 de mayo, hubo otra en Sevilla que tuvo semejante carácter y parecido desenlace. Siempre eran los soldados los que se sublevaban. El pueblo rara vez acudia á ayudarlos, salvo cortísimo número de gente levantisca y aventurera ó alguno que otro político ferviente y de armas tomar, los cuales suelen ser siempre muy contados. En Sevilla solo combatieron los soldados de un batallón de Guadalupe excitados y mandados por su segundo jefe don José Portal.

Don José Gonzalez de la Vega habia prometido acudir á la lucha con mil quinientos paisanos bien armados y dispuestos; pero, en la hora del peligro y viendo que este era serio, apenas hubo quien se presentase. Portal y sus soldados pelearon, no obstante, con brio y empuje, cargaron á la bayoneta contra una batería, y hasta llegaron á apoderarse de dos cañones; pero, viendo que, aun despues de este éxito, no acudia el pueblo en su auxilio, y conociendo que le era imposible mantenerse de aquel modo dentro de Sevilla, Portal dió libertad á los oficiales prisioneros que se negaron á seguirle, y, con la artillería y municiones que habia conquistado, salió fuera de la ciudad. Algunos dias estuvo vagando y hasta llegó á Huelva. Viendo luego que ninguna ciudad de importancia se pronunciaba, decidió refugiarse en Portugal, entregando á las autoridades de aquel país sus armas y caballos.

Otra conjuración hubo en aquellos dias odiosa por lo anti-patriótica, pues se trataba de que, sublevada la guarnición de Ceuta y dejando abandonada aquella plaza, se viniese con los presidiarios á pronunciarse en Algeciras. Por dicha, el general Ros de Olano, que mandaba en Ceuta, impidió que se realizase el plan. Mucho le valieron para esto el denuedo generoso del general don Juan de Zavala y las simpatías y autoridad de que en el ejército gozaba. Zavala habia sido desterrado á Ceuta por Narvaez, el cual por aquel tiempo prodigaba demasiado el destierro, ya como precaución, ya como castigo.

Pero, si Narvaez era á veces harto duro, era tambien magnánimo; y, no bien supo la noble conducta de Zavala, le llamó de la deportación, colmándole de elogios.

La fortuna se mostraba, sin duda, propicia al general Narvaez concediéndole todos estos triunfos. No se ha de negar, con todo, que no era ciega la fortuna, y que habia elegido en el general objeto digno de sus favores.

La opinion pública de las clases conservadoras, alarmadas por el movimiento revolucionario que agitaba á Europa entera, se volvió á Narvaez con amor y llena de confianza, cifrando en él la conservación de la paz y del orden. Como prueba auténtica de esta devoción lisonjera á Narvaez, los grandes de España le dirigieron una exposicion, que llegó á contar muy cerca de sesenta mil firmas, ofreciendo á Su Majestad nada menos que las haciendas y las vidas. Harta demasia hubo en tal ofrecimiento, demasia muy propia de nuestra inveterada inclinación á lo *bombástico* ó ampuloso, exacerbada desde hace pocos años con cierta *sensibleria* empalagosa, desconocida antes en tierra española é importada de Francia. Claro es, además, que la exposicion, para que llegase á las sesenta mil firmas, hubo de ser firmada por muchos empleados, resultando que acaso no pocos de ellos, aunque aparecían movidos por puro amor al trono, habian firmado con la propia libertad de que goza quien se halla entre la espada y la pared, y ofrecían con desprendimiento hidalgo y digno de posibles mártires la vida y la hacienda, á fin de conservar y mejorar la hacienda y la vida, ó digase el empleo. En suma, la tal exposicion, no cabe duda que tuvo bastante de comedia y aun de sainete; y hasta se puede recelar que el propio general Narvaez, quien, si en ocasiones gustaba de cierta pompa oriental y de la magnificencia del estilo y de la solemnidad de los actos, por lo cual, entre muchos apodos que le pusieron, le llamaban el *Bondocani*, era tambien algo maleante é inclinado á burlas, rebozándolas en grave socaronería, anduvo mas socarron que entusiasta cuando contestó á los señores que le trajeron la exposicion dándoles las gracias y ponderando lo bonito que seria ver, *en dias pacíficos*, á los mas ilustres duques, condes y marqueses con el fusil al hombro, rondando las calles y sosteniendo el orden público. Como quiera que sea, así esta parte cómica, como otras menudencias desagradables del gobierno de Narvaez, no se veian desde léjos: solo se veia su victoria sobre los revolucionarios y que, mientras que por casi toda Europa se desbordaba la revolución, él era como firme reparo y sólido valladar de aquel torrente.

Creó pues en reputación y en crédito por tierras extrañas, y creció además la consideración que á nuestra nacion se debia, lo cual influyó en gran manera para que los gobiernos de Austria, de Prusia y de Cerdeña reconociesen al cabo á la reina doña Isabel II.

Son maravillosas la inoportunidad y la falta de tino del infante don Enrique. La nueva revolución francesa le entusiasmó, imaginó acaso que iba á ser un Felipe Igualdad de la, para él segura, revolución española, y soltó desde Perpignan una proclama ó manifiesto disparatado, insultando á sus augustos parientes y excitando á la rebelión. Narvaez tuvo que destituirle, por real decreto de 13 de mayo, de todos sus honores, grados, condecoraciones y empleos.

Con otro enemigo mas terrible tuvo que habérselas Narvaez, y tambien triunfó de él. Era este enemigo el revoltoso ministro inglés Mr. Bulwer. Empeñado en restablecer en el poder al duque de la Victoria, derribando á Narvaez, intervenia en todas las conjuraciones, alentaba á los descontentos, y su presencia en Madrid se hacia no solo insufrible, sino indecorosa para todo gobierno conservador que se respetase. Narvaez pidió á lord Palmerston que retirase de España á aquel representante y que enviase á otro. La súplica del gobierno español fué desatendida. Desde el día 15 de abril, insistió el gobierno en la misma súplica con no mejor éxito. Al mismo ministro rogó directamente que se fuese, y Mr. Bulwer no quiso. Por último, despues de los varios motines, que habian sido sofocados y de los cuales la opinion pública designaba á Bulwer como instigador, el general Narvaez, perdida ya por completo la paciencia y considerándose con el derecho

y hasta con el deber de expulsar á Bulwer, le expulsó de un modo bastante brusco, dándole sus pasaportes y obligándole á salir de Madrid el día 18 de mayo. Esta resolución de Narvaez fué muy popular en España, no solo á los conservadores, sino tambien á los indiferentes y á los mismos progresistas y revolucionarios, cansados y humillados todos de la desvergonzada ingerencia de Mr. Bulwer en los negocios de nuestro país.

El gobierno español mandó á Lóndres al conde de Mirasol para que diese explicaciones sobre la despedida de Bulwer, pero el gobierno inglés no aceptó las explicaciones; y, á modo de represalia, dió sus pasaportes á Isturiz, que era en Lóndres nuestro representante; suspendió con España las relaciones diplomáticas; y se puso á proteger con mas ahínco que antes, en odio al gobierno español, todos los intentos y conjuraciones de montemolinistas y republicanos. Es evidente que el gobierno inglés no se movia para esto ni por altas razones de conveniencia política, ni por amor á ciertos principios de que quisiese hacer propaganda, ni por un ideal de justicia y de civilización que quisiese ver realizado en otras naciones á quienes tratase de elevar hasta el nivel moral é intelectual en que suponía hallarse la que él gobernaba. En todo ello no se puede ver sino el capricho y la terquedad de lord Palmerston, excitados por motivos harto pueriles. Así es que mucha parte y la mas razonable del pueblo inglés y de sus representantes en el parlamento desaprobaba en todo esto la conducta del lord.

Narvaez continuó en la dictadura por espacio de nueve meses que estuvieron cerradas las Cortes. Durante este período hubo algunas modificaciones en el ministerio. Beltran de Lís dejó el de Hacienda al conde de la Romera, quien fué luego reemplazado por don Alejandro Mon; y al duque de Sotomayor, que fué enviado de embajador á Paris en lugar del marqués del Duero, le reemplazó don Pedro Pidal en el ministerio de Estado.

Cierta elegancia y lujo poco usados hasta entonces, sobre todo por gente nueva y ricos de fecha reciente, ofendian bastante al público y excitaban la maledicencia á que hablase de inmoralidad y de malos manejos. El gobierno, con todo, por amor sin duda á la probidad y para justificarse á sí mismo, castigó y persiguió severamente algunos abusos. El propio señor Fagoaga, director del Banco, fué condenado á presidio. El gobierno hubo de conocer que, mientras le durase la dictadura, nada de esto le bastaba para conservar su crédito, y que eran peores y mas mortíferos que los ataques de frente, en una tribuna abierta y en una prensa libre, los traidores y embozados ataques y la difamación mas negra que se propagaba de boca en boca, murmurando al oído.

Temia tambien el gobierno que, sin el apoyo y autoridad que le daban las Cortes reunidas, cualquier intriga palaciega, cualquier antojo ó rapto de mal humor de la jóven Reina, le derribase, como estuvo á punto de suceder. La manera de ser de Palacio y su etiqueta de entonces contribuian no poco á aumentar estos recelos. Por lo mismo que era dificultoso y sujeto á trámites impertinentes y cansados el llegar á hablar con S. M. y con las personas de su familia, S. M. y dichas personas vivian oficialmente muy aisladas, encubiertas y como apartadas del resto de los mortales, á fin de no emplearse ó de perder y deslustrar aquel resplandor que debia rodear á la Corona é infundir hácia ella un respeto punto menos que religioso; pero de estas dificultades y exagerada secuestración oficial, nacía el prurito de buscar medios extra-oficiales para ver y tratar á gente alegre y divertida; la cual con frecuencia no era acaso tan estimable como la que hubiera podido y debido acercarse al trono paladinamente á no estorbarlo la etiqueta.

En suma, Narvaez, vencedor de la revolución, cansado de dictadura sorda, y deseoso de luz, de contiendas parlamentarias y del apoyo de las Cortes reunidas, las convocó para nueva legislatura, cuando terminaba el año de 1848.

Harto bien notarán los lectores que en este breve bosquejo que hemos hecho del gobierno de Narvaez, durante el año de 1848, son mas los puntos luminosos y brillantes que las sombras ó lunares y manchas negras. Estas se notarian sin